

IX. LA CÁRCEL DE LA MENTE: REALISMO VS. IDEALISMO

La opción entre el *idealismo* y el *realismo* filosófico es de las más radicales. La mayoría de la gente adopta una posición en este punto, casi sin darse cuenta, en medio de la confrontación cultural entre las distintas filosofías. Quizá nos conviene comenzar con un reconocimiento de la ambigüedad de las palabras: “idealismo” y “realismo” significan demasiadas cosas distintas. A veces decimos de uno que es *idealista* porque persigue metas nobles, *ideales* de bien, de belleza, de justicia, de paz, de caridad, que nunca se pueden realizar del todo, a los cuales podemos acercarnos, no obstante su dificultad y su carácter inacabado, si nos sacrificamos, si damos aliento optimista a la vida. Este esfuerzo en pos del ideal choca con los obstáculos de la realidad. En este sentido, entonces, *idealista* es el que persiste en el esfuerzo y no se rinde ante el mal, un mal que también es parte de la realidad. En este contexto, *realismo* es casi sinónimo de *pesimismo*; o, para el que se considera realista, simplemente es *objetividad*. Es como si dijeran: “Hay un exceso de mal en el mundo; los ideales son utópicos; no hay nada más que hacer; debemos contentarnos con pasarlo lo mejor posible en esta vida, quizá ayudar a una o dos personas que están cerca, y ya está. Más no es posible: ¡seamos realistas!”. Si tomamos estos significados de los términos, yo animaría a optar por el idealismo, y a no ser tan realistas. Las conversiones son posibles; los sueños más nobles se han hecho realidad tantas veces contra todos los pronósticos.

En el contexto filosófico europeo continental, sin embargo, cuando se trata de la opción intelectual entre el *realismo filosófico* y el *idealismo filosófico*, se considera una cuestión totalmente distinta. Nos referimos, entonces, a si hemos de tomar como punto de partida de la reflexión filosófica el pensamiento, es decir, las ideas —de ahí la denominación “idealismo”—, y considerar como problema fundacional de la filosofía el de si es posible el acceso de la mente al ser de las cosas, o, por el contrario, si hemos de asumir como punto de partida de todo pensamiento el ser mismo de las cosas, la realidad en sí misma como existente fuera de la mente —de ahí la expresión “realismo”—, cuya evidencia no cabe negar en general, de manera que el proble-

ma del acceso de la inteligencia a la realidad no resulta fundacional de la filosofía, sino solamente un asunto particular entre otros de los que explora la metafísica, aunque sea, sin duda, una cuestión difícil e importante.

La actitud espontánea de nuestro espíritu es el realismo, la afirmación de la realidad de las cosas y el intento de adaptar nuestra mente a ella, en la medida de lo posible, que es lo que el realismo filosófico entiende por *conocer la verdad*. En la historia de la filosofía, desde que Descartes puso expresamente bajo una *duda metódica* algunas evidencias primeras, que antes no se consideraba que necesitaran demostración, todos los filósofos y quienes se aventuren tras sus pasos enfrentan una *opción radical*, porque el idealismo pone el *pensar como fundamento del ser*, mientras que el realismo pone al *ser como fundamento del pensar*. No cabe un término medio.⁹⁹

Detrás del idealismo filosófico hay una actitud crítica extrema. No pienso en esa actitud crítica moderada, que todo filósofo ha de cultivar, y que consiste, como indica el significado original de la palabra “crisis”,¹⁰⁰ en cribar, separar, *discernir* lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo. La actitud idealista es de crítica radical, que problematiza, pone en duda y finalmente niega la capacidad de la razón para alcanzar una realidad extramental, un ser en sí. A partir de Descartes, esta es la actitud crítica presente: el punto de partida de la filosofía es el pensar mismo, y desde el pensar se intenta demostrar la existencia del mundo extramental.

Descartes logra demostrar —a su parecer— la existencia del *yo* —de la cosa que piensa (*res cogitans*)—, la existencia del mundo externo material —la cosa extendida en el espacio (*res extensa*)—, que incluye el cuerpo del sujeto pensante, y la existencia de Dios, cuya bondad infinita sería la garantía de la certeza de nuestro conocimiento cuando prudentemente lo referimos a *ideas claras y distintas*.¹⁰¹ Los autores posteriores a Descartes, al adoptar con mayor coherencia el punto de partida mental, abandonan algunas de estas demostraciones, hasta llegar a la idea de que en la realidad no hay cosas en sí, o que las hay pero no podemos conocerlas, porque sólo conocemos *nuestras percepciones* (George Berkeley: *el ser es el percibir*)¹⁰² o los fenómenos como objetos del conocimiento, constituidos en el espacio y en el tiempo por el

⁹⁹ Cfr. Llano, Alejandro, *Gnoseología*, Pamplona, Eunsa, 1991, p. 113, y Gilson, Etienne, *El realismo metódico*, trad. de Valentín García Yebra, Madrid, Rialp, 1963, p. 65.

¹⁰⁰ Cfr. Llano, *Gnoseología*, cit., cap. 1.

¹⁰¹ Cfr. *Regulae*, A. T., V, 318 y Verneaux, Roger, *Historia de la filosofía moderna*, trad. de Montserrat Kirchner, Barcelona, Herder, 1977, p. 23.

¹⁰² Cfr. Verneaux, *Historia de la filosofía moderna*, cit., pp. 142 y 143.

sujeto cognoscente.¹⁰³ Lo que Kant afirma es que existe una realidad en sí (el *noúmeno*), pero que no podemos conocerla porque todo lo que conocemos está configurado por nuestro modo de conocer, que pone las formas puras de la sensibilidad (espacio y tiempo) y las categorías del entendimiento (existencia, sustancia, causalidad, etcétera). Autores posteriores a Kant plantean una duda: si no podemos conocer la cosa en sí, ¿cómo es que decimos que existe? La categoría de existencia, según Kant, es una categoría que pone el sujeto cognoscente, que no refiere al mundo extramental, sino a los fenómenos en la experiencia mental.¹⁰⁴ Entonces, ¿cómo referir la existencia a algo que está fuera de la experiencia mental, al *noúmeno*, que es algo que el mismo Kant dice que no se puede hacer? Jacobi, entonces, afirma que hay una contradicción en Kant: sin la cosa en sí, no se puede entrar en el sistema kantiano; pero con la cosa en sí, no se puede permanecer en él.¹⁰⁵

Así, los autores posteriores a Kant niegan incluso que exista una realidad en sí, fuera de la mente. Todo lo que es, es pensado. Ese es el sentido fundamental que posee la frase de Hegel: “Lo que es racional, eso es efectivamente real; y lo que es efectivamente real, eso es racional”.¹⁰⁶ Estamos ya frente al *idealismo absoluto*, según el cual todo lo que afirmamos como ser es generado por un pensamiento, por el pensamiento del Absoluto, que se desarrolla históricamente, y del cual los fenómenos individuales no son más que expresiones, partículas. No existe un ser que mida y limite al pensamiento. Esta tesis ha sido afirmada antes por la teología cristiana sólo respecto de la relación entre el ser de las criaturas y el pensamiento creador de Dios. Entonces, el idealismo, en sus evoluciones más tardías de los siglos XIX y XX, se transforma en *nihilismo*, es decir, en la afirmación de que el ser y la nada son inicialmente cosas equivalentes. ¿Por qué? Porque no hay nada externo a la mente que pueda darle alguna determinación, imponerle alguna norma, algo a lo que ella tenga que adaptarse. Así, inicialmente se duda de que la razón pueda alcanzar el conocimiento del ser en sí, y finalmente se termina afirmando la identidad entre el ser y la nada.

Es imprescindible, para avanzar en la filosofía cuando el contexto histórico es radicalmente nihilista —al menos en muchos rincones de la aca-

¹⁰³ Cfr. *KrV* A 20/B 34.

¹⁰⁴ Cfr. *KrV* B 157 y Allison, Henry, *El idealismo trascendental de Kant: una interpretación y defensa*, trad. de Dulce María Granja Castro, Barcelona, Anthropos-UAM, 1992, pp. 424-428.

¹⁰⁵ Cfr. Duque, Félix, *Historia de la filosofía moderna. La era de la crítica*, Madrid, Akal, 1998, p. 183.

¹⁰⁶ Hegel, Georg Friedrich Wilhelm, *Líneas fundamentales de la filosofía del derecho*, trad. de María del Carmen Paredes, en *Hegel II*, Gredos, Madrid, 2010, p. 21.

demia, aunque quizá subsisten sectores de sentido común no totalmente contaminado por esta peste de la inteligencia—, que se entienda la fuerza que puede tener esta línea filosófica, y por qué puede resultar muy atractiva. Cuando nosotros conocemos, tenemos en nuestra mente *algo*, un *objeto conocido*, y el objeto conocido, en cuanto conocido, es *inmanente* a nuestro ser (*i.e.*, en cuanto conocido está dentro de nuestra inteligencia, porque fuera de ella es, en sí, *lo que es* con independencia de si está o no siendo conocido). Si se toma este hecho como punto de partida de todo el pensamiento filosófico, se plantea una pregunta angustiada: y a esto, que tengo en mi mente, ¿le corresponde una cosa real, fuera de mi mente? El idealismo en el inicio cree que puede corresponderle algo fuera de la mente, pero que habría que demostrarlo. Sin embargo, en coherencia con el punto de partida que adopta, el idealismo tardío termina diciendo que *no existe nada* más allá de ese objeto mental. Lo que llamamos “ser”, en rigor, *no es* lo primero conocido (el *primum cognitum*), sino que lo primero conocido es la *idea*, y si la idea es lo primero conocido, y el pensar es el punto de partida, ¿cómo podemos dar un salto hacia algo que esté fuera de ese pensamiento? Sartre afirma lo siguiente:

Nuestro punto de partida es, en efecto, la subjetividad del individuo, y esto por razones estrictamente filosóficas. No puede haber en el punto de partida otra verdad que ésta: “Pienso, luego existo”. Ahí está la verdad absoluta de la conciencia aprehendiéndose a sí misma. Toda teoría que tome al hombre fuera de ese momento en el que él se aprehende a sí mismo, es en primer lugar una teoría que suprime la verdad; porque fuera del *cogito* cartesiano, todos los objetos son solamente probables. Y una doctrina de probabilidades, que no depende de la verdad, se hunde en la nada. Por lo tanto, para que haya una verdad cualquiera, es necesaria una verdad absoluta. Y esta verdad es simple, fácil de aprehender, está al alcance de todo el mundo. Consiste en cogerse a sí mismo, “sin intermediarios”.¹⁰⁷

Está clarísimo: el idealismo toma como punto de partida el pensamiento. No es una doctrina filosófica contraria a la idea de verdad; no es un escepticismo, que diga que no se puede conocer la verdad; no es un relativismo, que niegue el principio de no contradicción o que afirme que valen lo mismo dos juicios contradictorios, en el ámbito ético o en cualquier otro. Es, sí, una filosofía que afirma que la verdad es exclusivamente mental.

¹⁰⁷ Sartre, Jean Paul, *El existencialismo es un humanismo*, trad. de Victoria Praci de Fernández, Barcelona, Edhasa, 1994, pp. 62 y 63.

Si pensáramos en el conocimiento sólo como un *tener dentro de la mente un cuadro* o una fotografía, seríamos fácilmente idealistas. Supongamos que nuestra mente es la habitación donde leemos este libro, y que hubiera en ella un cuadro colgado en la pared, donde estuviera dibujado el rey de Somalia. Podríamos ver el cuadro, pero surgiría la pregunta de si existe en verdad el rey de Somalia; si existió o no existió; si vive o está muerto; si es, quizá, una simple invención del artista que pintó el cuadro. Y si no podemos salir de la habitación, y los únicos medios que tenemos para conocer son otros cuadros que hay dentro de la habitación, la conclusión que vamos a sacar obligadamente es que no podemos saber si *eso*, dentro de mi mente, corresponde a *algo real*, fuera de mi mente. Ese es el idealismo filosófico, y tiene tanta fuerza que, planteado de esta manera, no nos deja más salida que admitirlo y asumir nuestra condición de solipsismo epistemológico.

El idealismo filosófico tiene, pues, una fuerza comprensible. Nace de una suerte de *tentación racional*: la débil razón humana quiere tener certeza acerca de todo lo que aparece en su mente. Hay una *tentación de poder*: no se admite nada externo que pueda dominarnos, a lo cual debemos adaptar nuestro pensamiento. Y es una actitud que no es espontánea, sino artificial y elegida. En efecto, si no hemos sido expuestos a la lectura de Descartes, Kant, Hegel o Nietzsche, o si no nos han inculcado, aménamente, en la radio o en la televisión, la duda sobre si conocemos o no la realidad, o la convicción de que solamente tenemos ideas y no accedemos a un mundo en sí; si no nos han divertido con la sugerente narración —o *cuento*— de que *cada uno construye su propio mundo*; si no nos han sometido a ese proceso antes, todos somos naturalmente realistas, es decir, pensamos que, fuera de la mente humana, *sí* existen el mar y las estrellas, los amigos y las otras personas, como *cosas en sí*. Y que, si construimos nuestro propio mundo con imágenes e ideas, dependemos radicalmente de un ser que no dominamos: o nos acomodamos a la realidad —acogiendo la verdad en nosotros— o vivimos en el error y la desgracia, en un mundo construido, sí, pero ficticio, como el del aislamiento egoísta o el de la droga.

Es obvio que el idealismo filosófico no niega el mar, las estrellas, ni las otras personas; dice que no son una *realidad en sí*, sino que son objetos configurados por un pensamiento, ya sea por el pensamiento de cada sujeto, de cada uno de nosotros, en el idealismo más primitivo, ya sea por un sujeto trascendental, que es algo común a todos los seres humanos, ya sea por un pensamiento absoluto, que se piensa a sí mismo, como sostiene Hegel. En cualquier caso, según el idealismo nuestras ideas no corresponden a *cosas en sí*, independientes de un pensamiento. Y esto a nadie se le ocurre de forma

automática. Espontáneamente *todos somos metafísicos*, buscamos las cosas en sí, la realidad en sí, y queremos adaptar nuestra mente a esa realidad. Una vez que se hace este planteamiento, una vez que surge el idealismo en la historia de la humanidad, entonces ya no cabe la espontaneidad inicial. Nos enfrentamos ante una opción radical.

El idealismo es la *actitud elegida* de apartarse de la inclinación natural de nuestra mente hacia el ser. Por eso el idealismo exige un fuerte *acto de voluntad*, una fuerte voluntad de desviar la inteligencia de su inclinación hacia el ser, y de dudar de lo real, para indagar después qué cosas cabe afirmar con certeza y cuáles no. El realismo filosófico, en el estado actual de la filosofía, también exige una opción, porque el filósofo no puede aislarse de lo que sostienen las distintas corrientes del pensamiento moderno y contemporáneo. Por lo tanto, la actitud realista actual requiere un acto de la voluntad; pero se trata ahora de un acto que *reafirma la inclinación natural de la inteligencia*. Lo que es espontáneo se asume de manera consciente y metódica, conociendo la alternativa idealista. Por eso, Gilson llama a este realismo filosófico, en el estado actual del desarrollo de la filosofía, *realismo metódico*.¹⁰⁸ Este realismo no es meramente espontáneo, aunque siga a la espontaneidad de la inteligencia humana, sino que *reafirma lo natural de una manera reflexiva*, crítica, metódica. Y está marcado por este componente de voluntad; un componente ético, por tanto, en el cual se acepta *someter la mente a algo externo*; se accede a subordinar la autonomía del sujeto a una realidad exterior. En el realismo filosófico, por lo tanto, el punto de partida es el ser de las cosas, no el pensamiento, y se cultiva una humildad reflexiva de la razón humana.¹⁰⁹

Lo primero que se conoce cuando se despierta al ejercicio de la inteligencia —no me refiero al *uso de razón* en sentido moral, sino al más elemental uso de la inteligencia— es el *ser extramental*. Sólo cuando uno reflexiona, advierte que es *uno mismo* quien piensa ese ser. Este punto de partida —primero el ser, después el yo— no se puede *demostrar*, porque el primer concepto que forma la mente humana es el concepto de *ser*, de *ente* —la palabra técnica escolástica para significar “lo que tiene ser”—, de lo real. Con otras palabras, si alguien me pide que le demuestre que lo primero es el ser, la realidad extramental, y que nuestra mente es la que despierta al ser y se adapta al ser, me pide que le proporcione una evidencia mayor a la de aquello que señalo como punto de partida; pero, si hubiera una evidencia mayor, ella sería el punto de partida. Eso no es posible: proporcionar una evidencia ma-

¹⁰⁸ Cfr. Gilson, Etienne, *El realismo metódico*, cit., *passim*.

¹⁰⁹ Cfr. Cardona, Carlos, *Metafísica de la opción intelectual*, Madrid, Rialp, 1973, p. 36.

por que la que ya tenemos por el solo funcionamiento natural de nuestra inteligencia. El realismo afirma, precisamente, que no hay nada más evidente.

Hay una opción por el idealismo, y hay una opción por el realismo; pero el realismo hace plenamente inteligible el idealismo como actitud: puede señalar su fuerza y lo que tiene de verdad. El realismo filosófico puede explicar los distintos sentidos del ser y de esa manera hacer inteligible el idealismo. La distinción fundamental es la que se da entre el *ser real* y el *ser veritativo*. El ser real es el ser extramental, la realidad fuera de la mente; el ser veritativo es la realidad en cuanto conocida por la mente. También se dice que el ser veritativo, en cierto sentido, es, existe, es real como aquello que acontece en la mente de quien conoce. Por lo tanto, el realismo no niega la experiencia que lleva al idealismo, que es la experiencia de la inmanencia del conocimiento. El conocimiento es algo inmanente, pero existe en la mente de una manera puramente *intencional*. En este contexto, “intencional” no significa querido o intentado por la voluntad, sino que se trata de un modo de ser que *apunta hacia afuera*, que *remite a algo* que está más allá de la mente, y, en este sentido de tender hacia aquello a que apunta, es un ser intencional. Por lo tanto, el ser mental —el concepto intelectual— no tiene como verdadera naturaleza la de un cuadro en una habitación cerrada. Si así fuera, efectivamente no podríamos salir nunca de esa habitación. Mas esa visión del conocimiento se asume sin suficiente crítica. Según el realismo, con base en la experiencia del conocer, la naturaleza de lo que acontece cuando, mediante conceptos, conocemos la realidad y la afirmamos al juzgar, es la de un acto vital, por el cual asimilamos algo externo, de tal modo que en nuestro interior producimos un concepto cuyo ser consiste en remitir a lo exterior. La mente no está cerrada contemplando sus cuadros, sino que está abierta y recibe la luz de lo real como a través de esas ventanas que son los conceptos, abstraídos a partir de los datos sensibles.

En el siglo XX, resurgió el realismo filosófico de la mano de varias corrientes del pensamiento contemporáneo, que reaccionaron ante el callejón sin salida a que nos había llevado el idealismo absoluto. Así, por ejemplo, la fenomenología le da importancia a los fenómenos, al análisis de cómo aparecen ante la conciencia los objetos y las experiencias, pero no quiere quedarse al interior de la conciencia, sino que quiere ir a las cosas mismas. La consigna clásica de la fenomenología para Edmund Husserl (1859-1938) era *volver a las cosas mismas*, quizá partiendo de los fenómenos, mas siempre para llegar al fundamento de esos fenómenos: “Juzgar sobre las cosas racional o científicamente quiere decir dirigirse por las cosas mismas, o retroceder desde los dichos y las opiniones hasta las cosas mismas, interrogándolas

tales cuales se dan en sí mismas y rechazando a un lado todos los prejuicios extraños a ellas”.¹¹⁰

También en la filosofía analítica del lenguaje se ha vuelto al realismo, es decir, como propone John L. Austin, filósofo analítico de la mitad del siglo XX en Oxford, analizar el lenguaje porque en el lenguaje se refleja la realidad; no para quedarnos en el lenguaje mismo, sino para llegar a una realidad, que se refleja en el lenguaje. “Cuando examinamos qué diríamos cuándo, qué palabras usaríamos en qué situaciones, no estamos meramente considerando las palabras (o “los significados”, sean lo que fueren), sino también las realidades, para hablar de las cuales usamos las palabras”.¹¹¹ Y así otros autores, como Michael Dummett y Hilary Putnam. Ellos vuelven al realismo, porque ese fue el origen de la filosofía: no girar en torno a nosotros mismos, conociendo nuestro propio pensamiento, sino salir de nosotros mismos para conocer la realidad tal como es en sí misma.¹¹² El ser veritativo consiste efectivamente en un ser inmanente, pero que *en alguna medida* se corresponde con un ser trascendente, que es el ser real o extramental. En la medida en que el ser mental, expresado en conceptos y juicios, se corresponde con un ser real, hablamos de conocimiento y de verdad.

Es parte de la verdad del ser humano, como animal racional, que ordena los conocimientos dentro de su mente, los organiza, los estructura. A todo eso que es puesto por el hombre al conocer la realidad, se le dedica un estudio científico y filosófico: la filosofía de la ciencia, la lógica, la metodología. Estas ciencias son parte del conocimiento científico y filosófico, aunque no versan sobre el ser real, sino sobre el orden mental o la organización del ser veritativo. Este ser veritativo no se opone a la correspondencia con el ser real, sino que la supone, y es precisamente esa correspondencia (*i.e.*, la *verdad*) lo que buscan alcanzar las otras ciencias. El realismo filosófico busca, en cada ámbito de la realidad, la verdad con aquel grado y tipo de certeza posible en ese ámbito. Lo que más le preocupaba a Descartes era no ser engañado y alcanzar la máxima certeza posible. Esa voluntad de certeza absoluta, de garantía subjetiva de verdad, está detrás de todo el idealismo. Recordemos la tesis de Sartre: “Para que haya una verdad cualquiera, es necesaria una

¹¹⁰ *Ideas*, §19.

¹¹¹ Austin, John L., “A Plea for excuses”, en Austin, J. L., *Philosophical Papers*, Oxford, Clarendon Press, 1961, p. 130. Sigo el análisis de Nubiola, Jaime, “J. L. Austin: análisis y verdad”, *Anuario Filosófico*, 10 (2), p. 212.

¹¹² *Cfr.* Dummett, Michael, “Realism”, en *Truth and Other Enigmas*, Cambridge, MA., Harvard University Press, 1978; y Putnam, Hilary, *Meaning and the Moral Sciences*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978.

verdad absoluta”. Pues bien, el realismo filosófico afirma que, en efecto, hay alguna verdad *absoluta*, en el sentido de que su evidencia es total (no en el sentido del Absoluto hegeliano): el principio de no contradicción, que el mundo existe, que hay una realidad extramental a la que eventualmente uno se adapta cuando conoce intelectualmente. Hay muchas otras verdades, sin embargo, que no poseen ese nivel de certeza, y eso no significa que no sean verdades. En esos terrenos no se va a poder alcanzar la misma certeza. A veces, podremos alcanzar una gran certeza, pero no de tipo matemático. Esta conciencia del límite es parte del realismo, que es una filosofía flexible.